

✓
MIGUEL JIMENEZ LOPEZ

Ex-Profesor de Psiquiatría en la Facultad de Medicina de Bogotá

Nuestras

~~XXXXIV~~
169473
12
Razas decaen

ALGUNOS SIGNOS DE DEGENERACION COLECTIVA EN COLOMBIA
Y EN LOS PAISES SIMILARES

—
El deber actual de la Ciencia
—

MEMORIA PRESENTADA AL TERCER CONGRESO MEDICO COLOMBIANO

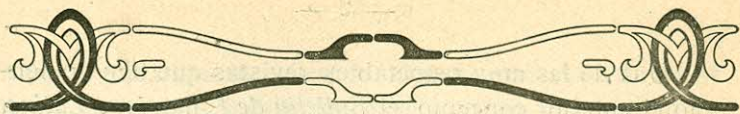
REUNIDO EN CARTAGENA EN ENERO DE 1918



BOGOTA

IMPRESA Y LITOGRAFIA DE JUAN CASIS

1920



PRELIMINAR

De tiempo en tiempo se ha escrito en Hispanoamérica sobre una posible decadencia de la especie humana en nuestra zona. Hechos de orden moral y económico, observados con ánimo desprevenido, han servido a algunos sociólogos americanos para abrigar ese temor, y en verdad que ciertas reacciones de carácter colectivo propias a nuestro medio han justificado ampliamente la manera de ver de aquellos que admiten una depresión del producto humano en la América equinoccial.

Muy bien situados en su campo de estudio los estadistas y los sociólogos para apreciar los fenómenos de conjunto, pueden, en estas materias, ser eficazmente ayudados por nosotros, los que estudiamos al individuo. Una vez más, el análisis del caso concreto presta elementos de valor para el gran trabajo de generalización.

Colocado en un medio tan propicio para apreciar el factor individual como es una clínica hospitalaria, donde se estudian las enfermedades nerviosas y mentales, he traído al estadio de la discusión científica, para explicar ciertos hechos morbosos, una noción de etiología: la degeneración de nuestra raza. Esta noción—aceptada por unos, combatida por otros—ha servido, al menos, para iniciar un trabajo de crítica que puede llevarnos a resultados útiles.

Una de las muy respetables revistas que han comentado el anterior concepto, el *Bulletin de l'Amérique Latine*, órgano de la Sorbona, hace las siguientes consideraciones :

«*Cultura* nos trae, con la firma del doctor Miguel Jiménez López, un estudio sobre *La locura en Colombia y sus causas* (1). Prescindiendo de la parte científica de este trabajo, para no tener en cuenta sino su aspecto histórico, citaremos las líneas siguientes, relativas a la herencia :

« Sabido, como es, que en los países latinoamericanos la mayor parte de la población, al menos en las regiones centrales, es un producto del cruce entre los colonizadores españoles y las razas aborígenes, cabe preguntar: ¿ Ha sido esto lo que se llama en biología un cruzamiento feliz desde el punto de vista de los atributos psíquicos? Todo induce a contestar por la negativa, dados los caracteres originarios de las razas progenitoras. »

« El desarrollo de esta tesis conduce al doctor Jiménez a conclusiones bastante pesimistas respecto a su país. Los colombianos harán muy bien en reflexionar sobre este asunto, a fin de conjurar el mal, si es que existe, o de inquirir las causas de una aparente decadencia de la raza, hecho siempre posible y lleno de peligros. »

« El autor se pregunta: ' ¿ Habrá quien ponga en duda que el vigor y la fibra nacionales se vienen relajando lustro tras lustro, desde que nacimos a la vida civilizada? Comparemos por un momento, y para no tomar sino los términos extremos, la estructura moral de los Conquistadores y de los hombres de la Independencia con la de los hombres de hoy, y, al hacer este parangón, depojémonos así del optimismo que halaga como del escepticismo que abate. La diferencia de unos siglos a hoy desconcierta y aterra y es un signo augural de los más sombríos destinos que un pueblo pueda confrontar. Pero, por evidente que el mal sea, no es irremediable. Allí

(1) Lección inaugural del curso de Psiquiatría, dictada en la Facultad de Bogotá en agosto de 1916.

donde la ruina hace su obra, la Ciencia encuentra el objeto de su esfuerzo. Pueblos ha habido, como los del Remoto Oriente, más amenazados que el nuestro por las mismas dolencias sociales que nos abaten y degeneran y que, con todo, han resurgido, gracias a una suprema iniciativa que no está fuera de nuestro alcance. La clarovidencia de nuestros males, lejos de embotar nuestra actividad, sea para nosotros una de aquellas ideas-fuerzas de que habla el filósofo moderno, que nos inciten a la acción, a la acción pronta y fecunda de renovación de nuestra raza.

«Nosotros—concluyen los directores de la revista parisiense—nosotros, que tenemos siempre ante el espíritu el porvenir de la latinidad, que está destinada a engrandecerse sin cesar en la América Meridional, no podemos pasar en silencio estudios como el del doctor Jiménez López. Esas páginas traen a nuestra mente los libros sinceros de Zumeta, de Arguedas, de Ortiz y Mendieta, cuya lectura es tan conmovedora. Tales gritos de alarma son tanto más impresionantes cuanto emanan de intelectuales conscientes de su tarea, que consiste en ilustrar y en guiar a su patria » (2).

Las anteriores líneas y algunos otros comentarios que se hicieron sobre este mismo asunto, en nuestro país y fuera de él, me movieron, en el año de 1917, a iniciar, o mejor, a reanudar el estudio de cuestión tan trascendental.

La presente memoria resume los principales datos allegados en vista de corresponder a tan honrosas y perentorias solicitaciones. Ella fue presentada al Congreso Médico Nacional reunido en Cartagena en enero de 1918. Allí fue objeto de una interesante y acalorada discusión. Por bondadosa decisión del actual Presidente de la Sociedad de Cirugía de Bogotá, doctor Ricardo Fajardo Vega, ha sido leída nuevamente en reciente sesión de dicha Sociedad, la que, después de muy ilustrados comentarios

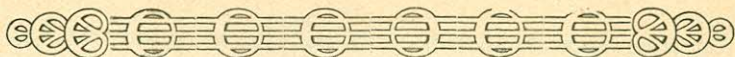
(2) *Bulletin de l'Amérique Latine*. Février 1917. Sorbonne. Secrétariat de la Faculté des Sciences.

por parte de varios de sus miembros, dispuso fuera publicada en su órgano oficial, el *Repertorio de Medicina y Cirugía*.

Me anticipo a declarar que no he pretendido sino plantear un problema sociológico digno del mayor estudio. Los más de los puntos en él contenidos están apenas esbozados y requieren ser explorados a fondo por los hombres de ciencia de Colombia y de los demás países de la América tropical.

Bogotá, marzo: 1920.

M. J. L.



Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares

CONTENIDO

Introducción - Importancia del asunto.

I.—DEGENERACION FISICA

A. *Signos anatómicos.*—Peso y talla. Índice cefálico. Asimetrías craneanas. Oxicefalia. Etsenocrotafia. Nanismo. Adiposis. Cavidad bucal: sus anomalías en nuestra raza. Anomalías viscerales. Aparato sexual. Correlaciones funcionales.

B. *Signos fisiológicos.*—Algunos exponentes sociales: nupcialidad, natalidad, mortalidad y longevidad en nuestro país. El período útil de la vida es muy corto. Investigaciones experimentales sobre los movimientos nutritivos entre nosotros. Urea eliminada; riqueza en glóbulos rojos; temperatura media; actividad muscular; ritmo del pulso y de la respiración; tensión arterial; elaboraciones incompletas de los materiales nutritivos.

B. *Signos patológicos.*—Frecuencia del artritismo. Síndromas poliglandulares: insuficiencias y perturbaciones endócrinas peculiares a estas regiones. Profusión del cáncer, de la tuberculosis, de la lepra. Incremento de las afecciones mentales: sus diversas causas internas y externas.

II.—DEGENERACION PSIQUICA

Consideraciones sobre la evolución ideológica y moral en el curso de un siglo. De la obra creadora del verbalismo. Declinación de los varios productos étnicos que nos han dado origen: el indígena, el europeo, el criollo. La asimilación y la imitación. Signos psicopatológicos en nuestras colectividades: emotividad, sugestibilidad, impulsividad, inestabilidad. Sesenta y cuatro revueltas armadas; once constituciones. La marcha aguda del mal en la última época: opiniones de sabios maestros. Otros fenómenos colectivos: la criminalidad en Colombia; incremento inquietante de las locuras; formas más frecuentes entre nosotros; la neurosis como estado casi habitual; el suicidio; un record mundial. Varios síntomas de decadencia moral: fanáticos, reivindicadores, sectarios; nuevas formas de estafa, toxicomanías, etc. etc. Carencia de personalidad colectiva. Empleomanía, funcionarismo. Suerte de las grandes familias.

ETIOLOGIA

Factores atmosféricos; alimentación insuficiente; intoxicaciones alimenticias. Carencia de higiene en sus diversas partes; alcoholismo, chichismo; endemias tropicales: sífilis, tuberculosis, etc.; la miseria.

TERAPEUTICA

La alimentación. La higiene general; los ejercicios físicos; la preservación de la fatiga corporal. Revisión educacional. Estudio de ciertos alimentos y de algunas aguas. Luchas antialcohólica, antipalúdica, antianémica, etc. El problema de la miseria. Medios paliativos y medios radicales para contener la degeneración. El "refrescamiento" de la sangre. El problema de la inmigración. Aspecto económico y aspecto etnológico. Condiciones que deben llenarse. ¿Cuál sería la inmigración más conveniente para nuestros países? Peligros quiméricos. Conclusión.

INTRODUCCION

La presente memoria, que tengo el honor de presentar al tercer Congreso Médico colombiano, tiene por objeto ampliar un punto de etiología de nuestra patología mental y contribuir al esclarecimiento de esta cuestión trascendental, más que otra alguna, de cuantas interesen a la ciencia nacional. ¿Existe hoy en nuestro país un estado de degeneración colectiva? ¿Somos, en otros términos, un agregado social en que los atributos de las razas originarias hayan marchado hacia un desarrollo progresivo, o bien ellos se han mantenido estacionarios o, por el contrario, la capacidad vital y productora de los progenitores ha sufrido una regresión en el decurso de nuestra existencia colectiva? ¿Desde un punto de vista estrictamente biológico, nuestro país y los países similares, analizados en el actual momento de su historia avanzan, se estacionan o retroceden?

Como se ve, este es un punto primordial. No temo exagerar al considerarlo como la clave de nuestros estudios biológicos. Todas las cuestiones que en nuestras corporaciones científicas se consideren no son, en rigor, sino elementos que—en un proceso de síntesis—deben integrarse en torno del interrogante capital.

Si de los datos recogidos en un estudio de conjunto resulta que el vigor inicial de nuestra raza decae y se aminora; si, al contrario de todos los organismos en desarrollo, vamos cediendo terreno en la lucha contra todas las causas de destrucción y de desintegración que amenazan al individuo y a la sociedad; si en vez de dominar al medio estamos siendo dominados y vencidos por él... es un imperativo inaplazable devolver a nuestra constitución las fuerzas perdidas, brindarle los elementos de lucha de que ha menester y prevenir para el futuro el desgaste y la decadencia que ha determinado nuestra inferioridad presente.

Lejos de modificar la opinión que sobre esta materia he expuesto en otras ocasiones, un estudio más detenido de la cuestión me permite hoy ratificarme en esta aserción: nuestro país presenta signos indudables de una degeneración colectiva; degeneración física, intelectual y moral.

Voy a estudiar estos fenómenos degenerativos en el orden que acaban de ser enunciados.

*
* *

I.—DEGENERACION FÍSICA

Para proceder con orden estudiaré, en algunos de sus principales aspectos, los caracteres *anatómicos*, *fisiológicos* y *patológicos* de nuestra raza.

A). *Signos anatómicos*.— Bien conocidas son las dificultades de orden práctico que hay para calificar cualquier rasgo anatómico, o, mejor dicho, morfológico, de un individuo como estigma degenerativo. Hay, entre otras causas de error, los distintivos étnicos que obligan a considerar, en ocasiones, ciertas particularidades orgánicas como rasgos normales en algunas razas: el prognatismo, por ejemplo, es un signo degenerativo de los más apreciables en las razas arias, en tanto que en la raza etiópica es una conformación normal; la prominencia de los huesos malares, carácter étnico de las agrupaciones mongólicas, es una anormalidad en la raza caucásica.

Así, me he guardado bien de considerar como un signo de inferioridad anatómica la talla y el peso de los individuos, que, entre nosotros, se muestran un tanto por debajo de las cifras medias señaladas en los países europeos y en Norte América. Fácil me ha sido hacer esta comprobación en los registros que se llevan en los cuarteles de la capital: allí acuden individuos, generalmente de veintiún años en adelante, sanos—o al menos considerados como tales después de un serio examen de los médicos militares y provenientes de todos los puntos de la República, de los diferentes gremios sociales y también de las diversas extracciones raciales de nuestro país. Sin embargo, por más que este rasgo sea enteramente relativo,

merece tenerse en cuenta, pues, asociado con todos los demás, puede tener algún valor.

Ahora bien: el promedio de la talla en los individuos seleccionados para el servicio militar apenas alcanzó a un metro cincuenta y seis centímetros.

Otro tanto puede decirse respecto a la conformación craneana. Sabido es que la *braquicefalia* es carácter morfológico normal en las razas aborígenes de la América. Nada implicaría, pues, el hallar esta variedad de índice cefálico en la inmensa mayoría de los colombianos, siendo así que en casi todas las regiones que lo integran, especialmente en los departamentos centrales, el fondo social está en gran parte constituido por el producto mestizo, o sea el cruce del indígena americano con los colonizadores de las diversas épocas. Cabe aquí, sin embargo, anotar una particularidad que es ya de mayor valor desde el punto de vista anatómico, y es que en las diversas mensuraciones practicadas en individuos de las más diversas profesiones: estudiantes, militares, enfermeros, pacientes de hospital, policías, artesanos, etc., he encontrado un promedio del índice cefálico que oscila de 82 a 85 y que, por consiguiente, se acerca mucho a la cifra considerada por la craneometría como carácter degenerativo (*suprabraquicefalia*, en la clasificación de Topinard (1).

Es bien manifiesta para todo observador superficial la frecuencia entre nosotros de la asimetría del cráneo. Cualquier fabricante de sombreros puede dar razón de esta particularidad nuestra, que contrasta singularmente con lo que sucede en otros países, especialmente en la Gran Bretaña, cuyos moradores se distinguen por la gran regularidad del ovoide cefálico. En nuestro país por el contrario, las abolladuras, en particular de la región temporoparietal y las depresiones que destruyen la simetría del contorno craneano son un carácter casi general.

A la simple observación de todos los días, no comprobada en verdad por la craneometría, me ha parecido

(1) Conservo, para comprobar este hecho, una estadística de ciento veinte casos, mitad hombres, mitad mujeres, levantado en la Oficina antropométrica de la Policía Nacional en 1917.

siempre que hay en nuestros hombres una cierta tendencia a la *oxicefalia*, o sea esa conformación de cráneo alargado hacia arriba y un tanto agudo en el vertex, rasgo predominante en las clases cultivadas; en tanto que en la clase del pueblo, y especialmente en la mujer, es bien de notarse la gran estrechez frontoparietal (*estenocrotafia*).

Por todas partes, en nuestro país, y así en la población urbana como en la rural, abundan los casos de *nanismo* y de *acromegalia*, cuya etiología estudiaremos adelante.

Es, asimismo, un rasgo bien frecuente en la mujer de las ciudades la *esteatopigia* o desarrollo adiposo excesivo de la región glútea, como también la polisarcia infantil, en ambos sexos.

Todos los especialistas en afecciones oculares señalan la frecuencia creciente entre nosotros de los vicios de refracción desde la primera infancia, por conformación anatómica viciosa del globo ocular y de sus diferentes medios.

Bastará una ojeada a un grupo cualquiera de personas para anotar cómo abundan entre nosotros los defectos de conformación de la oreja y las anomalías morfológicas que se consideran como estigmas característicos de degeneración.

Tema muy interesante para un estudio estadístico sería señalar la rareza en nuestro medio social de una conformación regular de la cavidad bucal y de sus diversos componentes: labios, bóveda palatina, mandíbulas, lengua y sistema dentario. Todo allí, desde el labio leporino en sus diversos grados, hasta las anomalías de implantación, número, estructura, dirección y forma de las piezas dentarias, ofrecería material a porfía para constituir distintivos de inferioridad de nuestro personal con respecto a otras razas. Esto sin contar con los defectos de diverso orden en la articulación y en la fonación, que abundan de manera tan visible.

Creo, en cambio, que las anomalías viscerales, como detenciones de desarrollo, ectopías congénitas o trans-

posición de órganos, son raras entre nosotros y lo mismo puede decirse respecto a las malas conformaciones del esqueleto, lo que se explica por la rareza, en nuestro medio, del raquitismo y de la acondroplastia. Débese hacer una excepción, sin embargo, para ciertos vicios de conformación de los miembros: la polidactilia y el pie escaro, que sí son bastante frecuentes en nuestro país.

Considero también de gran frecuencia entre nosotros algunas particularidades anatómicas del aparato sexual: la fimosis, la monorquidia, la criptorquidia, el hipospadias, las estrecheces vaginales, las formas tapiroide e infantil del cuello uterino y la micromastia (falta de desarrollo de las glándulas mamarias), peculiar a ciertas regiones del país y sobre la cual hablaré en otro lugar.

¿Las diferentes particularidades anatómicas que hasta aquí he señalado, y que reunidas en cierto número sobre un mismo individuo constituyen un signo cierto de degeneración, son en realidad muy frecuentes en nuestro medio social o son aquí casos esporádicos, como sucede en cualquier otra parte? Claro está que a esta pregunta no se podría contestar sino con cuadros estadísticos que comprobasen que en nuestro país hay una proporción de tales rasgos más fuerte que en el promedio de la especie. Semejante estadística, que señalase para cada país o región el porcentaje de individuos afectados de rasgos degenerativos, sería la obra más útil para el biólogo y para el sociólogo; pero hasta hoy—que yo sepa—no ha sido elaborada en parte alguna. A falta de ella, debe intervenir la apreciación objetiva del buen observador, especialmente del médico que haya ejercido por muchos años, y ante ella apelo para la confirmación de la mayor parte de los hechos aquí apuntados. Hay, además, como testimonios de alto valor, las correlaciones biológicas que pueden suplir en gran parte la falta de estadísticas. Podríamos admitir que en realidad los rasgos anatómicos anotados hasta aquí son signos de degeneración, si al mismo tiempo, en el funcionalismo normal o patológico aparecen hechos

de carácter colectivo que hablen en igual sentido. Es lo que vamos a ver en las líneas que siguen.

B). Signos fisiológicos.—Hay numerosos hechos de carácter funcional que ponen en evidencia la inferioridad biológica de nuestra raza con respecto al promedio de la especie humana.

Es este uno de los puntos que mejor pudieran ser esclarecidos por la estadística comparada, donde se pudiese ver la relación que guarden la natalidad, la mortalidad, la longevidad y la nupcialidad de nuestro país con respecto a los otros países. Por desgracia en Colombia los estudios estadísticos son de creación reciente en lo que a tales materias atañe, y no pueden enseñarnos mayor cosa sobre el particular. Sin embargo, no dejaré de anotar que lo hecho hasta hoy, aunque escaso y fragmentario, da alguna luz sobre el particular y confirma en parte la opinión arriba enunciada.

Se ha formado en la Oficina General de Estadística un cuadro relativo al año de 1915 (página 13) comparativo de varios países de Europa y América, de donde resultan los siguientes hechos:

1.º La *nupcialidad* (o sea el número de matrimonios) en Colombia ofrece una de las cifras más reducidas del mundo: fue en el año expresado de 4,9 por 1,000 habitantes, en tanto que en Alemania fue de 7,9; en la Argentina de 6,9; en Chile de 5,2. No hay una proporción comparable sino en Servia y el Uruguay. Es, pues, el nuestro uno de los tres países del mundo donde se cuenta menor número de matrimonios. Esto, como lo veremos, al tratar de los caracteres psicológicos y morales, es un signo de decadencia de los pueblos.

2.º Aparece en el mismo cuadro que el promedio de nuestra *natalidad*, o sea el número de nacimientos por año, fue en 1915 de 31 por cada 1,000 habitantes. Es esta una cifra que, en verdad, está bien por encima de la de aquellos países que ofrecen menor número de nacimientos, como Francia, cuyo promedio anual es de 18 por 1,000; Bélgica y Suecia, que oscilan al rededor de 22 por 1,000

Movimiento de población en los principales países del mundo y su comparación con la República de Colombia.

PAISES	AÑOS	Población calculada	Matrimonios	Proporción por 1000 habitantes	Nacimientos	Proporción por 1000 habitantes	Defunciones	Proporción por 1000 habitantes
Colombia	1915	4.837,448	23.904	4-9	154.315	31-9	101.277	20-9
Alemania	1912	66.145,971	523.491	7-9	1,869.636	28-3	1,029.749	15-6
Argentina	1912	7.467,878	51.582	6-9	272.071	36-4	120.480	16-1
Australia	1914	4.919,194	43.311	8-3	137.983	28-1	51.720	10-5
Austria	1912	28.879,295	212.187	7-3	903.407	31-3	592.426	20-5
Bélgica	1912	7.571,387	61.278	8-0	171.187	22-6	112.378	14-8
Chile	1915	3.641,477	19.150	5-2	136.597	37-5	96.716	26-5
Dinamarca	1914	2.890,000	18.792	6-9	73.293	25-6	35.919	12-6
España	1914	20.441,693	132.451	6-5	609.188	29-8	451.098	22-1
Estados Unidos	1914	98.781,324	»	»	»	»	»	»
Francia	1914	»	169.011	5-1	594.222	18-0	647.549	19-6
Gran Bretaña	1914	46.089,249	353.145	7-6	1,101.836	23-9	661.644	14-4
Hungría	1912	21.134,866	182.183	8-6	765.891	36-3	491.722	23-3
Italia	1914	35.858,951	252.187	7-0	1,114.091	31-1	643.355	17-9
Noruega	1914	2.440,500	15.750	6-5	61.600	25-2	32.900	13-5
Rumania	1914	7.699,143	65.325	8-5	327.345	42-5	182.949	23-8
Servia	1912	3.005,414	13.289	4-4	114.257	38-0	63.358	21-1
Suecia	1914	5.659,095	32.845	5-8	129.451	22-9	78.189	13-8
Uruguay	1914	1.315,714	6.073	4-6	38.571	29-3	15.350	11-6

y que no se muestra muy por debajo de la de los países que han alcanzado un máximo, como son Rumania, con 42, y Chile y la Argentina, con 37 y 36 por 1,000, respectivamente. Empero, antes de llegar a una conclusión muy optimista, por lo que la natalidad pueda implicar en favor de nuestra virtualidad biológica, debemos tener en cuenta que este es un elemento de valor enteramente relativo. Es verdad que un grado extremo de degeneración, así en los individuos como en las especies, determina la infecundidad absoluta; pero hay estados intermedios de viciación orgánica que, según todos los observadores, se distinguen por una desgraciada potencialidad reproductiva: el hecho ha sido siempre comprobado en los alcohólicos y en los enajenados por lesión cerebral circunscrita. (Morel, Régis).

3.º La *mortalidad* en Colombia ha alcanzado el promedio anual de 20,9 por 1,000: esto es,—y refiriéndonos al cuadro arriba mencionado—ofrecemos, juntamente con Austria (20,5), Hungría (23,3), España (22,1), Rumania (23,8), Servia (21,1) y Chile (26,5) la mayor mortalidad en la estadística universal. Compárese este coeficiente con el de países de mortalidad media, como Alemania (15,6), Inglaterra (14,4), Uruguay (11,6).

No se tienen datos estadísticos sobre la *longevidad* en nuestro país; pero puede asegurarse, por la observación diaria y en razón de los resultados precedentes, que la duración de la vida en nuestra zona es manifiestamente inferior al promedio universal. Todo el que haya observado con alguna atención nuestra vida colectiva podrá anotar cuán raros se hacen de día en día los casos de vidas que lleguen más allá de los setenta y cinco años. Y, aunque así no fuera, hay un fenómeno que a nadie habrá escapado: la prontitud con que en nuestros hombres se agotan todas las energías y capacidad útiles. Un individuo de nuestra zona, a los treinta años de edad, presenta ya los distintivos de declinación que en las zonas templadas presenta uno de cuarenta y cinco a cincuenta años: el mismo principio de decadencia orgánica, idénticos signos denunciadores de una reducción de las diferentes capacidades.

En nuestros países es una feliz excepción la de un trabajador—intelectual o manual—que conserve todo su poder más allá de los cuarenta años. Hay en nuestra raza una decrepitud prematura que disminuye el período activo y útil de la existencia por lo menos en un 30 por 100 de lo que es en otros medios. Es casi un imposible hallar entre nosotros esas vigorosas mentalidades, esas energías inquebrantables que resisten íntegras hasta más allá de los setenta años. Casos como los de Gladstone, Bismark, León XIII, Joffre, Mackensen o Clemenceau, serían un hecho inconcebible en los hombres de nuestra raza. No solamente la vida en su conjunto es más corta entre nosotros, sino que el tiempo útil de ella se muestra lamentablemente reducido.

Los signos colectivos estudiados hasta aquí: natalidad, nupcialidad, longevidad y mortalidad, llamados con razón por Ball y Régis *caracteres biológicos* de una sociedad, señalan, por consiguiente, una disminución evidente del coeficiente vital en nuestro país y en toda la zona de América colocada en análogas condiciones geográficas y climatéricas.

La obra de nuestros investigadores ha ido, con todo, más allá; ha descendido al fondo mismo de los fenómenos fisiológicos en busca del mecanismo de esta degradación indudable.

Estos estudios han versado sobre la constitución de nuestros humores, sobre el ritmo de los diferentes actos vitales y sobre la actividad que entre nosotros presentan los diversos cambios nutritivos.

Ya desde 1898 el doctor Anastasio del Río señalaba el hecho de que la cantidad media de úrea eliminada por un individuo en Bogotá es de 21 solamente, en las veinticuatro horas, en vez de 28, que se tiene como la cifra normal en Europa. (1).

(1) Anastasio del Río. *Eliminación de la úrea en Bogotá*. Tesis de Bogotá, 1898.

En el año siguiente el doctor Jorge Vargas Suárez, en su tesis de grado, establecía las siguientes particularidades bien importantes, relativas a los habitantes de la altiplanicie de Bogotá: 1.º Hay en ellos un menor número de glóbulos rojos; 2.º Presentan una disminución en la cantidad de úrea eliminada con relación al promedio fisiológico; 3.º Tienen una temperatura media inferior en medio grado a la de los habitantes de las zonas templadas; y 4.º Existe en ellos una apatía muscular, consiguiente a la menor actividad nutritiva. (1).

En el año de 1910 el doctor Juan N. Corpas anotó estas nuevas observaciones, siempre relativas a los habitantes de Bogotá: temperatura media, 36,3; número normal de pulsaciones, ochenta y dos por minuto; tensión arterial media (en cien casos observados), 99. (2). Todas estas cifras, si se comparan con los promedios en otras regiones, muestran una diferencia bien sensible y que en general implica menor rendimiento y mayor desgaste orgánico.

El punto tan importante de la elaboración y eliminación de las materias azoadas, que es, en gran parte, el exponente claro de los procesos nutritivos en el organismo humano, ha sido recientemente estudiado a fondo por el doctor Calixto Torres Umaña en su bello trabajo *La nutrición en la altiplanicie de Bogotá*, presentado al segundo Congreso Científico Panamericano. De tan importante memoria deduce el autor las conclusiones siguientes:

«En la altiplanicie de Bogotá la nutrición sufre un retardo que se revela:

1.º Por un descenso de la cifra media de la temperatura humana;

2.º Por una insuficiente transformación de los materiales azoados en el organismo.»

(1) Jorge Vargas Suárez. *La sangre normal y la sangre en las anemias*. Tesis de Bogotá, 1899.

(2) Juan N. Corpas. *La atmósfera de la altiplanicie de Bogotá*, Tesis de Bogotá, 1910.

El doctor Torres ha hallado en sus investigaciones no solamente un promedio de eliminación azoada más reducido en los habitantes de Bogotá (11.29 de ázoe total) con relación a los de la zona templada (15.87 de ázoe total), sino también un aumento de aquellos materiales que implican un metabolismo inacabado de las sustancias azoadas. Hay, pues, según estas comprobaciones, no sólo una *reducción cuantitativa*, sino una *imperfección* de las elaboraciones nutritivas en los habitantes de esta región.

Todos los estudios anteriormente citados denuncian, en definitiva, un hecho capital: el coeficiente vital se halla aminorado en los hombres que pueblan el altiplano andino.

Al contrario de los eminentes investigadores citados, que habiendo llevado a cabo sus observaciones en Bogotá, atribuyen en su mayor parte el fenómeno a las particularidades de atmósfera, presión, etc., propias a las alturas, yo creo que estas son condiciones biológicas generales a toda la zona: datos que poseo de localidades situadas en altitudes y bajo presiones muy diferentes de Bogotá (Medellín, Barranquilla, Cartagena) revelan las mismas particularidades.

No desconozco que un aire enrarecido impone a los sistemas respiratorio y circulatorio un exceso de trabajo, que a la larga se traduce por fatiga y agotamiento de los organismos; pero el hecho, siendo innegable, no es sino una parte de la explicación del fenómeno, ya que en lugares de nuestro país donde la atmósfera encierra su cantidad ordinaria de oxígeno, como son las localidades situadas al nivel del mar, el funcionalismo de los habitantes se muestra también con un ritmo más retardado que en las otras zonas del planeta. Al tratar de las causas de nuestra degeneración colectiva, procuraré anotar todos los factores que se integran para producir el fenómeno.

Por ahora continuaré en la enumeración de los signos que traducen esta decadencia.

C). *Signos patológicos.*

Es tarea del futuro el establecer, por medio del estudio de nuestro agregado social, con base estadística rigurosa, cuáles son las enfermedades dominantes en nuestro medio: de allí podrán resultar comprobaciones muy importantes que se prestarán a corolarios de gran utilidad para la higiene y la profilaxis colectivas. Por el momento, quiero solamente apuntar algunas de las predisposiciones morbosas más frecuentes en nuestro país, las que no escapan a ningún observador y que traducen el estado de deficiencia biológica característico de nuestra población.

Son precisamente los estados constitucionales dependientes de oxidaciones lentas y de elaboración nutritiva insuficiente, los que predominan de manera insólita entre nosotros.

En primer lugar, *el artritismo*. No hay exageración al afirmar que el 60 por 100 de los enfermos que se presentan a cualquier médico en nuestras poblaciones son de cepa artrítica. Todas las afecciones relacionadas con ese estado particular abundan de manera bien sensible: en los climas altos y fríos los estados reumatismales y gotosos, el asma, los eczemas y jaquecas; en las regiones cálidas, las litiasis urinaria y biliar y las dispepsias; en todas partes las colitis, la diabetes, las neuralgias, y la arterioesclerosis; en fin, toda la gama de afecciones que se consideran engendradas por el artritismo o estrechamente relacionadas con él, forman—junto con las enfermedades tropicales y con las diversas infecciones no peculiares a nuestra zona—la base de nuestra patología nacional. Cualquiera que sea el concepto que se adopte sobre este punto tan oscuro aún de la diatesis artrítica, para nosotros, hay un hecho indudable: el artritismo es un estado característico de nuestra población; tiende a ser el estado habitual de la raza; no hay casi familia que esté indemne de sus signos y propensiones.

Estrechamente vinculados con el estado precedente, deben señalarse como disposiciones morbosas dominantes entre nosotros diversas perturbaciones de las funciones endócrinas, que empiezan a ser caracterizadas y descritas por nuestros clínicos. Al segundo Congreso Médico Nacional de 1913 presentó el doctor Luis Felipe Calderón, con el título de *Sindromas poliglandulares de la altiplanicie*, un importante trabajo en que señaló la frecuencia en las localidades altas de Colombia de los casos de infantilismo con puerilismo mental, atribuibles, según el autor, a insuficiencias hipofisarias o tiroidohipofisarias. Anótase allí mismo la profusión de casos de infantilismo hepático en los habitantes de las regiones frías y de bocio en los de climas cálidos, engendrados uno y otro, en concepto del profesor Calderón, por perturbación de las secreciones internas.

Es quizá este el capítulo de nuestra patología nacional que más preciosas comprobaciones reserva a los futuros investigadores. La alteración o insuficiencia de los diferentes productos que en el organismo vierten los órganos endócrinos darán quizá la clave de muchas particularidades de nuestra raza. Vimos arriba que la cifra media de la tensión arterial es superior entre nosotros a la cifra media de las otras latitudes; esta modalidad—generadora en parte de las numerosas cardropatías de nuestra zona y quizá también del nervosismo de la raza—no podrá provenir de una perturbación del funcionalismo suprarrenal? La astenia muscular, señalada de tiempo atrás por los observadores, ¿no podrá tener idéntico origen y ser, en consecuencia, y dentro de límites fisiológicos, análoga a la observada en los sindromas adisonianos? ¿La excesiva emotividad característica de estos países y que se echa de ver en todas sus reacciones, en lo individual como en lo colectivo, no sería imputable a un hipofuncionamiento tiroidiano? ¿Esa sexualidad precoz y vehemente que distingue al latinoamericano del trópico; ese despertar tan prematuro del instinto genital, con aparición de signos puberales—orgánicos y psíquicos—desde los once, diez, y

nueve años ¿no vendrán a ser simplemente el resultado de alguna hiperplasia congénita de la hipófisis, con exaltación de las funciones correspondientes? He aquí otros tantos puntos de vista fecundos para la labor del mañana.

Por ahora, anotaremos simplemente como condiciones morbosas propias a nuestra zona—y que implican, a no dudarlo, un estado de decadencia orgánica—los casos cada día más numerosos de *insuficiencias glandulares*. A más de los estados ya mencionados, citaremos las insuficiencias ováricas, que son un estado casi universal en este país y que se traducen por todas las turbaciones posibles del ciclo sexual, desde los cólicos menstruales,—de que sufren un 95 por 100 de nuestras mujeres jóvenes—hasta las más completas detenciones de desarrollo genital. La obesidad de la segunda juventud y de la edad madura, la hipertrichosis facial, o sea el desarrollo anormal del pelo en la piel de la cara hacia las mismas épocas y en la menopausa, que con tanta frecuencia se observan en las mujeres de nuestras ciudades especialmente, son simples signos de un ovario deficiente en su secreción interna. (1).

En cuanto al hombre, los casos tan numerosos de neurastenias, de psicosis depresivas, de obesidad, que se presentan a partir de los treinta a treinta y cinco años, traducen, según toda probabilidad, una insuficiencia testicular indocrina, una especie de menopausa masculina anticipada; cualquier médico podrá dar fe de la excesiva frecuencia de tales estados en nuestro país.

De tiempo atrás han venido observando los médicos del Departamento de Antioquia que en esa región, que es, sin duda, la que hasta hoy se ha defendido mejor contra

(1) He tenido el honor de presentar al cuarto Congreso Médico Nacional reunido en Tunja (1919), una Memoria sobre *El ovario escleroquistico en Colombia*, en que he ampliado y completado las nociones precedentes. Allí se demuestra con estadísticas de cirujanos y de médicos de todo el país que el ovario microquistico existe en nuestro medio, en una proporción aproximada del 45 por 100 de la población, y se registra la observación de que aparece en la totalidad de los casos como resultado de una herencia morboza.

la decadencia, el desarrollo de las glándulas mamarias es deficiente con una frecuencia cada vez más sensible. ¿Obedece esto a una modificación étnica del tipo femenino, que va perdiendo lentamente los caracteres peculiares del sexo, como sucede en Inglaterra, o hay allí una influencia nociva sobre el organismo de la mujer, proveniente de intoxicaciones alimenticias, de factores climatéricos u otros? He aquí un punto importante de estudio para nuestros colegas de la Cordillera.

Demasiado conocida es la influencia de ciertas regiones de nuestro país, especialmente las que demoran al pie de las altas serranías, en la producción de numerosos casos de bocio, de cretinismo, de tipos atrasados mental y físicamente y que denuncian una perturbación profunda de carácter tiroidiano o tirohipofisario que, sin duda, tiene su origen en intoxicaciones regionales. (1).

Y basta con los anteriores, a guisa de ejemplos solamente, para demostrar cuánto abundan en nuestra patología los estados de insuficiencias endócrinas; unas como modalidad cuasi-fisiológica de la raza; otras generadoras de estados patológicos que los médicos reconocen y tratan diariamente.

En el resto de los signos patológicos reveladores de una vitalidad aminorada en nuestro medio social, me limitaré a una simple enumeración.

Motivo de justa alarma para el gran público, y con mayor razón para el público profesional, es el aumento del *cáncer*, y especialmente en aquellas regiones de población más vigorosa, como son los Departamentos de Antioquia, Cauca y el Litoral Atlántico. Cualesquiera que sean las comprobaciones ulteriores sobre la naturaleza de este flagelo, lo único que por hoy se puede asegurar es que él requiere un estado transitorio o permanente de depresión

(1) Mi muy distinguido discípulo el doctor Enrique Enciso ha estudiado este punto, en su importante tesis de grado titulada *Influencia de la anemia tropical sobre las glándulas de secreción interna*, y considera la mayor parte de las degeneraciones observadas en nuestros climas cálidos como casos de herencia morbosa de origen uncinariásico, localizada sobre el tiroides y la hipófisis.

de los organismos para hacer en ellos su aparición; de consiguiente, un agregado social donde esta enfermedad aumenta de día en día revela un estado de decadencia vital indudable.

La *tuberculosis* es otra de las grandes causas de mortalidad en este país; en lo relativo a Bogotá, esta enfermedad arroja el 7 por 100 de la mortalidad general. Apenas hay para qué subrayar el hecho de que este es un mal propio de los organismos agotados.

Sería bien curioso investigar si respecto a la propagación de la *lepra* se debe asignar el principal papel a la inobservancia de las reglas de profilaxia e higiene, esto es, a la no preservación del contagio, o bien a las condiciones climatéricas de ciertas regiones, o bien si alguna parte corresponde al debilitamiento y a la viciación constitucional en nuestra zona. Creo que para ésta, como para las otras enfermedades, la receptividad, o, en otros términos, el debilitamiento de los individuos es un factor de importancia suma.

Es otro de los signos patológicos que implican decadencia en nuestra raza—y no el menos importante—la cantidad creciente de afecciones mentales que se van observando en las diferentes secciones del país. En la conferencia inaugural de que he hecho mención al principio de este estudio procuré demostrar cómo el número de locos en la capital de la República ha aumentado en los últimos veinte años en la proporción de un 150 por 100. De la mencionada conferencia tomo los hechos siguientes:

« Hé aquí los datos que arrojan las estadísticas cuidadosamente llevadas por el médico del Asilo de Locas, doctor Antonino Gómez Calvo.

En los siete primeros años de este siglo registra el doctor Gómez Calvo un promedio anual de locas de 67

Tres años después, en 1910, el número de locas asiladas fue de 136

(Más del doble del número correspondiente al lustro anterior).

En el año siguiente (1911) el número de locas fue de 165

(Esto es, un 25 por 100 más que el año precedente).

En 1912: locas asiladas. 237

(Un exceso de casi el 50 por 100).

En 1913. 192

Sufre aquí la curva de las locuras un ligero descenso, pero se conserva mucho más alta que en los años anteriores a 1912.

Las estadísticas llevadas con esmero de verdadero observador por el doctor Maximiliano Rueda, actual médico del Asilo de Locos, hablan en el mismo sentido. En el primer lustro del siglo actual el promedio de locos varones fue de 82 por año; en el segundo lustro nunca ha sido menor de 150, y en el tercero pasa de 200 anuales. Cada año que llega, según el doctor Rueda, se marca por un incremento de asilados de un 25 por 100 sobre el año anterior.

Otra fuente muy importante de información es el registro de la Oficina Médico-legal de esta ciudad, en que consta el número de exámenes para afecciones mentales que se hacen anualmente y que arroja las siguientes cifras, según consta en la muy interesante monografía del doctor Ricardo Fajardo Vega, sobre reformas a nuestro Código Penal.

EXAMENES PARA ESTADO MENTAL

Año de 1912. 415

Año de 1913. 389

Año de 1914. 561

Año de 1915. 588

Con excepción de 1913, en que para todas estas estadísticas hay una ligera depresión numérica, se ve la progresión creciente, año tras año, de afecciones mentales en los establecimientos de enajenados y en las oficinas que de ellos se ocupan. ¿De cuándo arranca este incremento de la locura en nuestro país? ¿Ha sido éste un fenómeno constante y de data inmemorial, o es propio de la época que atravesamos? Hé aquí cuestiones inquietantes e imposibles de contestar.»

De esa época a hoy, según mis posteriores comprobaciones, la curva de la locura ha seguido su marcha ascensional; así me permite asegurarlo la simple numeración de los individuos que ingresan a los asilos de ambos sexos y de los exámenes por estado mental practicados en la Oficina Médico-legal Central en los dos últimos años.

Aunque en la producción de este resultado se deben tener en cuenta muchos factores, como son el incremento de la sífilis y el alcoholismo, la miseria y las dificultades de la vida en los últimos años, los acontecimientos políticos mundiales, las catástrofes regionales, como han sido los temblores, las epidemias, las inundaciones, la pérdida de cosechas, la agitación política interna, etc., etc., no debe olvidarse que la gran causa de la psicosis es la herencia, en otros términos, la degeneración mental. Por consiguiente, nada que ponga tan de manifiesto la decadencia colectiva en nuestro país como el número mayor cada año de afecciones mentales que en él se registran.

Hasta aquí, los signos indudables de degeneración física y que, como hemos visto, se recogen sin gran trabajo en los caracteres morfológicos, en las reacciones funcionales y en las disposiciones morbosas propias a la mayor parte de los individuos de nuestras razas. Vamos ahora a ver que en lo psicológico no es menos evidente esta decadencia colectiva de Colombia y de los países situados en la misma zona.

* * *

II. — DEGENERACIÓN PSÍQUICA

Sería un empeño infantil el de desconocer cuán escaso es nuestro aporte intelectual a la gran labor humana. Sería también ir contra la evidencia de los hechos el negar que los latinoamericanos del trópico nos hemos mostrado ante el mundo como agrupaciones inestables y en un estado permanente de desintegración social. Pero, ¿es todo esto una

simple modalidad étnica, inherente a la sangre de nuestro pueblo, o bien, traduce una disminución de las fuerzas vitales originarias? ¿Tratáse, en suma, de una simple inferioridad fisiológica o de una degeneración? ¿Hemos sido siempre lo que hoy, o, en alguna época, hemos sido mejores? Razones hay de todo género para admitir el segundo término de esta disyuntiva.

Todas las razas componentes de nuestra población actual fueron en algún tiempo superiores a lo que hoy son. Compárese el estado relativamente floreciente—aunque ya con signos de evidente decadencia a tiempo de la época colombina—de los imperios indígenas de la América con la condición abatida y miserable de los indígenas de hoy. Hágase el parangón del español conquistador y aventurero del siglo XVI con los residuos de sangre ibera incontaminada de toda mezcla que puedan quedar hoy en nuestro continente, y véase cómo han menguado todas las energías y capacidades. Sígase la evolución del producto criollo a través de un siglo de nuestra historia y estúdiense con imparcialidad y, sin entusiasmos impropios de la labor científica, la psicología de la generación que realizó la Independencia de las colonias españolas comparativamente con las generaciones actuales. No dejará de ser evidente para cualquier mediano observador la rápida decadencia de todos estos agregados étnicos. Los hombres de hoy en estos países somos, pues, en nuestras diversas características, los continuadores, a través de algunos siglos, de un proceso de decadencia que se inició en nuestros antepasados desde tiempo inmemorial; pero, a más de esta degradación crónica, que ha empleado largas edades para llegar al estado actual, creo que en nuestra época—en la última media centuria aproximadamente—las taras raciales han adquirido una marcha aguda que se traduce por varios fenómenos de psicología social.

Estaría fuera de lugar el entrar aquí en detalladas consideraciones históricas para comprobar el hecho. Todos los espíritus que han contemplado nuestra evolución intelectual de un siglo a esta parte se muestran penetrados de la

misma lamentable verdad: la capacidad creadora de nuestro pueblo—así en ciencias como en letras—se mostró en los albores de la República prometedor de mayores frutos de los que ha dado con el correr del tiempo. Hubo en nuestro país de 1800 a 1840 estadistas, guerreros, investigadores científicos, poetas dramáticos y novelistas, que fueron una iniciación gloriosa de algo que los años no han traído. Como en todas las civilizaciones que declinan, como la Grecia del tiempo de los Retóricos, como en el ciclo de Roma que siguió a Tácito y a Suetonio, la creación original cedió entre nosotros bien pronto el campo a disciplinas enteramente accesorias de la obra genial, a las actividades verbalistas y de menor vuelo, como la Gramática, la Crítica, la Dialéctica, o los diversos ramos que versan sobre la palabra y su alcance, y, en cambio, poco, muy poco, se produjo sobre la realidad misma, así sea la realidad interior como la que se encierra en la naturaleza ambiente.

Y, ciertamente, no hubiera debido ser así: la natural evolución del país, el cultivo creciente de las inteligencias, el aumento gradual de la población, la comunicación más fácil y directa con los grandes centros de civilización... todos eran factores favorables a una intensificación de nuestro valor intelectual.

Empero, estos son fenómenos que arrancan de orígenes más hondos; su razón de ser es más biológica que histórica; hemos quizá «quemado algunas etapas» y saltado de una infancia exuberante a una decrepitud prematura. Hay, en verdad, en nuestra conformación mental algo que nos permite apropiarnos fácilmente toda corriente intelectual o moral que nos venga de los pueblos que han sido hasta hoy nuestros conductores espirituales y, al calor de estos influjos, vemos florecer espíritus superiores que, a su vez, forman corrientes y escuelas de pensamiento y de expresión. Pero esto, más que una asimilación, es una imitación, y ya lo dijo un moralista y educador insigne: «La imitación es la enfermedad de los pueblos vencidos.» (1).

(1) Liard. Vicerrector de la Universidad de París. Conferencia en la Sorbona.- 1912.

* * *

Hay en todas las manifestaciones de nuestra vida colectiva infinidad de caracteres psíquicos que denotan un estado social patológico: la *impaciencia* infantil de nuestras actividades; la *emotividad* que se transmite prontamente de lo alto a lo bajo de las esferas sociales y que implica una *sugestibilidad* extrema de las masas; la tendencia de la mayor parte de las agrupaciones a buscar sin reflexión la solución extrema y violenta de toda clase de situaciones, lo que denuncia un fondo común de *impulsividad*; los cambios bruscos de opiniones y de actitudes con respecto a hechos y a hombres que en el fondo han quedado los mismos, signo este de *inestabilidad* mental; esta es, en último término, nuestra nota psicológica dominante; ella se echa de ver en la mayor parte de nuestras iniciativas, que tan pronto acometemos como abandonamos, y en la índole paradógica de nuestra vida, donde alternan los más exuberantes entusiasmos con el desaliento resignado de los seres débiles.

Tales caracteres francamente morbosos de la raza se han traducido en nuestra historia por una serie de agitaciones y de mudanzas que nos han acreditado como uno de los pueblos más inestables del universo. ¿Cuál otro ha registrado en el curso de un siglo sesenta y cuatro guerras intestinas, sin contar las sediciones, los golpes de cuartel y los motines militares que no han tenido resonancia nacional? ¿Cuál otro se ha dado en el mismo lapso de tiempo once constituciones distintas? Aunque no fuera sino por estos rasgos, ya nuestro país merecería el estudio de los psiquiatras.

En cuanto al momento actual de nuestra historia, espíritus clarovidentes han proclamado ya cuán escasa es nuestra producción intelectual de verdadero valor. Seguimos en nuestro movimiento ideológico corrientes venidas de fuera, que de tal manera penetran y determinan las modalidades del pensamiento nacional, que casi han

borrado su personalidad. En las diversas disciplinas científicas—salvo uno que otro caso esporádico—somos aptos para seguir y un poco para asimilar la gran labor universal, pero no colaboramos en ella de manera sensible y eficiente.

El balance de nuestro esfuerzo científico industrial y artístico en el último siglo transcurrido da resultados prácticamente negativos para la civilización universal y de muy restringida significación para nosotros mismos.

Y, para más adelante, qué nos espera? He dicho arriba que en nuestros días el proceso de regresión colectiva asume una marcha más rápida aún que en épocas anteriores. Se puede pulsar el fenómeno en varias manifestaciones de nuestra vida colectiva. Recuérdese lo dicho en otra parte sobre el incremento—agudo en los últimos lustros—de la criminalidad, del suicidio y de la locura. He aquí, además, un signo no menos importante: la psicología de la juventud universitaria explorada de hace treinta años a hoy. Aduzco en esta materia algunas pruebas testimoniales del más alto valor. Hablan varios maestros que han educado y observado cuidadosamente a las últimas generaciones.

El doctor Antonio J. Cadavid, Rector de la Facultad de Derecho y profesor en ella desde hace veinticinco años, opina que en ese lapso ha habido una innegable decadencia intelectual de la juventud; que ha visto el interés y la sana afición por los estudios serios disminuidos de manera alarmante; que el debilitamiento físico de los estudiantes es manifiesto y se traduce por neurastenias, fatigas cerebrales y dolencias de diferente índole, en términos que para los últimos años el número de exenciones de examen por enfermedad, real o simulada, ha alcanzado la cifra inquietante de 100, sobre 350 estudiantes de la Facultad.

El doctor Julio Garavito A., Director desde hace veintisiete años de nuestra alta enseñanza matemática, encuentra también que las capacidades y energías para el aprendizaje han declinado en sus discípulos. Esto se

reconoce fácilmente, dice el doctor Garavito, en la disminución del entusiasmo por el estudio y en cierta reducción del poder de asimilación. Para este eminente maestro hay una especie de deformación en los jóvenes cerebros, operada por el estudio esencialmente teórico y verbalista de los primeros años. El individuo a quien se enseña tan sólo por el dictado y por el libro va perdiendo gradualmente su poder intuitivo; acostumbrado a recibir todo conocimiento científico en lo que otros han descubierto y escrito, llega a ser incapaz de observar la naturaleza y de anotar nada por sí mismo; le pasa algo de lo que hoy está acaeciendo a ciertas viejas civilizaciones, donde las inteligencias van adoptando maneras de juzgar fenómenos y de deducir leyes, diversamente de lo normal y tradicional: esto es la decadencia de las razas; lo que se observó en la Roma del Bajo Imperio. Son también para el doctor Garavito causas de retroceso en las energías de la juventud la profusión y facilidad en las diversiones de todo género y la falta de un aliciente seguro en la época ulterior al fin de los estudios.

El doctor D. Cifuentes Porras, antiguo profesor en la Facultad de Ingeniería, ha tenido opiniones análogas.

El doctor Pompilio Martínez, actual Rector y profesor desde hace veinte años de la Facultad de Ciencias Naturales y Medicina, ha tenido las siguientes apreciaciones sobre el mismo asunto.

«En más de veinticinco años que llevo de observar las sucesivas generaciones estudiantiles, ya como alumno de nuestra Universidad, ya como profesor de ella, he notado una gradual disminución en los dos factores que integran la capacidad del trabajador intelectual: el entusiasmo por el estudio y la aptitud para aprovecharlo. Dada la mayor facilidad que hoy se tiene para perfeccionarse en los diversos ramos, ya por el mejoramiento en los métodos de enseñanza, ya por los elementos más numerosos con que se cuenta, debiera haber entre los estudiantes una mayor proporción de individuos altamente capaces; no sucede así, sin embargo, como lo demuestra el resultado de los exá-

menes anuales, que arroja un fuerte porcentaje de calificaciones bajas que cada año va en aumento. Baste hacer notar que en la Facultad de Medicina y Ciencias Naturales hubo en el año de 1917 cuarenta y ocho estudiantes a quienes se aplicó lo que se llama la *Ley de vagancia*.

Como hecho demostrativo de la manera como decrece entre nosotros la sana afición a los estudios serios, bastará recordar que el profesorado de las ciencias naturales, que antes era desempeñado en su totalidad por personalidades eminentes de nuestro país, ha tenido que ir siendo reemplazado en sus vacantes por profesores extranjeros, por carencia de nacionales que abracen ese género de estudios. Creo no exagerar, dice el doctor Martínez, que en lo relativo a las ciencias de la naturaleza estábamos mejor dotados en los últimos tiempos de la Colonia. En suma, hallo hoy menor entusiasmo por el estudio y menos proporción de capacidades excepcionales.»

A más de estas anotaciones generales, que para el sociólogo tienen un gran alcance, hay varios otros fenómenos que no se prestan a la menor duda respecto a su significación semeiológica. Ante todo deseo mencionar dos muy importantes: el incremento de la criminalidad y el de la locura en nuestro país. Cuanto al primero, tropezamos, como en todo lo demás, con la falta de estadísticas que nos ilustren de manera precisa. No obstante, el hecho ha sido anotado por infinidad de juristas, de magistrados y de moralistas como tema de muy serio estudio para nuestros legisladores y dirigentes. La única comprobación concreta que he hallado en el particular es el dato que me ha suministrado la Dirección General de prisiones y que registra en 1917: 1724 hombres y 117 mujeres en las penitenciarías y 4500 penados en las cárceles; total, 6331 delinquentes, fuera de los que benefician de la excarcelación en virtud de una ley bastante amplia sobre la materia. Los anteriores datos arrojan la proporción aproximada de 1.20 de

delincuencia por cada 1000 habitantes en Colombia. Comparen los especialistas en ciencia penal esta cifra con la de otros países y digan si es una proporción que tranquilice.

Ya he mencionado, al hablar de los signos patológicos, el hecho de la frecuencia cada día mayor de las locuras en nuestro pueblo y he hecho mérito de las cifras que permiten calcular un aumento de 150 por 100 en el personal de los asilos de la capital durante los dos últimos lustros. Réstame añadir que la mayor parte de estas psicosis son formas que evolucionan rápidamente hacia la demencia, estado que predomina en fuerte proporción en los manicomios y que indica disolución precoz y definitiva de los altos centros cerebrales. Son también hechos muy dignos de anotarse en este capítulo la frecuencia cada día mayor de las psicosis juveniles—formas confusas y estados demenciales,—el incremento de las diversas neurosis y psiconeurosis, los estados ansiosos e impulsivos, las psicastenias precoces, ya en la población de las ciudades, ya—caso más curioso—en el personal de los campos y que produce entre nosotros casos bastante numerosos de esa entidad que apenas empieza a estudiarse en calidad de rareza en Europa con el nombre de *neurastenia rural*.

Y, puesto que estoy tratando de la degeneración moral que nos invade, cabe aquí enumerar todos aquellos síntomas sociales que tocan en los lindes de lo patológico. Todo mundo ha visto con horror la pasmosa fiebre de suicidio que, como un contagio, se ha extendido de la capital a los diversos puntos de la República. El número de sus víctimas ha sido enorme en los últimos años; tuvo su culminación en 1916 y siempre se ha observado, al menos en Bogotá, que predomina en los meses de octubre y noviembre. Día, hubo, del año ya citado, en que cinco cadáveres de suicidas esperaban la autopsia en el anfiteatro médico-legal de Bogotá. Este es, creo, un *record* mundial. Durante los últimos tiempos ha crecido la cifra de mujeres suicidas en la capital y en ciudades de provincia, y se ha registrado, en el año de 1917, un caso de suicidio en un niño menor de diez años y tentativas frustradas en otros párvulos de igual edad.

En el mismo orden de hechos reveladores de una moralidad decreciente, citaré la pululación alarmante en nuestro país de «todas las formas de decadencia social propia de los grandes centros: el sectario, el fanático, el agitador profesional, las formas elegantes de la estafa: como el caballero de industria, el parásito; el político amoral; la prostitución secreta y refinada, la criminalidad precoz, la prostitución infantil, las toxicomanías, las perversiones sexuales.» (1).

Todos los casos anteriores pueden considerarse, en rigor, como estigmas de un estado francamente degenerativo y, en gran parte, determinado por taras hereditarias. Hay, además, en nuestro medio, algunos signos que, sin ser patológicos aún, sí indican un principio de decadencia social. La mutabilidad, la movilidad de impresiones y de miras, la gran emotividad colectiva que busca siempre los estados extremos en cuanto a los hombres y a los hechos, la falta de acción metódica, la impresionabilidad de las masas, la gran sugestibilidad de nuestras agrupaciones, así se llamen ellas partidos, clubs, congregaciones o sectas, en fin, lo que en algún otro estudio he llamado la «carencia de personalidad colectiva». (2).

Añádase a esto el retraimiento de todos nuestros gremios de las actividades útiles: el cáncer de la empleomanía y del funcionarismo; ese éxodo lamentable de letrados, de artesanos y de jornaleros de los campos hacia las ciudades de provincia y de éstas a la capital de la República, para que el Gobierno los alimente o para dejarse morir de hambre.

¿Quién no ha observado, por otra parte, esa suerte fatal de muchas de las grandes familias entre nosotros; esa prontitud con que casi todas decaen en su posición de fortuna, en su nivel social, en su vigor físico y moral? Bien

(1) Conferencia inaugural del curso de Psiquiatría, por Miguel Jiménez López. Agosto 8 de 1916.

(2) *La formación de la personalidad*. Conferencia en el Salón Samper. Agosto 23 de 1917.

conocido es en la Sabana de Bogotá un aforismo que resume este fenómeno: «*Padre millonario, hijo perdulario, nieto proletario*». Es muy reducido nuestro medio y demasiado conocido su personal para que yo pudiese, sin reato, hacer con las viejas y proceras estirpes de Colombia lo que Saint Simon hizo respecto a los Condé y Voltaire con la casta de los Guisas: seguir su decadencia a través de varias generaciones, para llegar en poco tiempo de los más altos exponentes a los más tristes residuos de una misma sangre. Empero, todos conocemos y vemos a diario esta desgraciada descendencia de muchos de nuestros grandes hombres, digna del mayor respeto, pero también del más hondo estudio. Aún en esta burguesía que cada día llega rebozante de energías y de dotes para la acción, que en una vida fecunda logra fundar un sólido peculio, se observa que rara vez produce más de dos generaciones útiles; casi siempre los primeros renuevos se encargan de arruinar lo que creó el esfuerzo de los progenitores.

Todos los signos psicológicos sumariamente apuntados hasta aquí, y tantos más que dejo al estudio de otros investigadores, son tan constantes en nuestra población, existen en ella de manera tan profusa, que pueden considerarse como caracteres generales. Son ellos, a no dudarlo, la expresión de un coeficiente intelectual y moral aminorado, no sólo con respecto a otros medios sociales sino también en relación a nuestro propio medio en épocas anteriores. Estos rasgos de carácter psicológico, sumados a los signos orgánicos y funcionales examinados en la primera parte de este estudio, son, a mi ver, base suficiente para admitir que—colectivamente—los habitantes de esta zona somos el eslabón de un proceso degenerativo que viene elaborándose de tiempo atrás.

ETIOLOGÍA

Expuesto en las páginas que preceden nuestro estado de decadencia biológica, vamos a enumerar sus principales causas. Ellas han sido ya señaladas por diferentes observadores, en particular por los autores de los importantes trabajos citados más arriba. Allí se ha hablado de las condiciones de la atmósfera enrarecida de los climas de altura, de su escasa presión, de su menor riqueza en oxígeno, de la cantidad mayor de ácido carbónico que encierra. Todas estas condiciones, en efecto, son propias para disminuir de manera permanente la actividad nutritiva de los organismos sujetos a su influencia e intervienen, al menos en gran parte, en la producción del fenómeno de nuestra regresión vital.

Obran en el mismo sentido la alimentación ordinaria de nuestro pueblo, escasa en elementos proteicos; la falta permanente de higiene en la mayor parte de la población, lo que debilita los órganos y vicia su funcionamiento desde la primera edad; la inobservancia de los preceptos primordiales de aseo, de baños, de lucha contra los parásitos ordinarios; el sedentarismo de las clases acomodadas; la fatiga corporal de las clases populares; la educación, que en sus procedimientos tradicionales debilita el cuerpo, fatiga el cerebro y aniquila la voluntad; las intoxicaciones alimenticias con sus productos averiados: frutos fuera de sazón, aguas diversamente mineralizadas o cargadas de productos de descomposición vegetal y de acción no estudiada, pero nociva en todo caso; el alcoholismo tan generalizado, especialmente en las localidades cálidas; el mortífero brevaaje de la chicha, que hace sus víctimas en los departamentos centrales; todas las endemias tropicales que nos diezman y debilitan, como el paludismo, la uncinariasis, el beribery, las innumerables afecciones parasitarias y micósicas de la zona tórrida, conocidas unas, las más por estudiar aún; las diversas infecciones que, sin ser peculiares a nuestra latitud, han hallado en ella un campo

abierto a su acción devastadora: sífilis, tuberculosis, afec-
ciones tíficas y paratíficas, etc.; la miseria, en fin, con
todas sus consecuencias físicas y morales... son otros
tantos factores que se integran para engendrar el lamenta-
ble e innegable fenómeno de la degeneración de nuestra
raza.

Por sobre todas estas influencias extrínsecas hay, a
mi modo de ver, un elemento inherente a nuestro orga-
nismo social, una causa interna de degradación vital, que
está en el seno mismo de nuestras razas. Ellas han llegado
a un momento de declinación que es propio de los orga-
nismos colectivos cuando corrientes de sangre nueva y
vigorosa no vienen a refrescar los troncos agotados, ya por
influencias ambientes, ya por una viciación ancestral. Y al
sufrir este fenómeno de decrepitud, no somos sino uno de
tantos casos que la historia de las sociedades nos pre-
senta. Todas las razas que han poblado la zona que nos
cupo en suerte, han ido teniendo, ya en este, ya en el otro
hemisferio, análoga evolución. Recuérdese, como ejemplo,
cuántos contingentes de vida, flor de la especie humana,
se han agotado y extinguido bajo la acción del clima devo-
rador del Africa septentrional: el Viejo Egipto, el reino de
los Ptolomeos, Cartago y Utica, y, en la edad moderna, los
árabes, los berberes, los marroquíes, los cabilas y todos
los colonizadores europeos, son otras tantas agrupaciones
que han hecho vida efímera, que se han extinguido rápi-
damente sobre esas latitudes hostiles al producto humano.

Parece demostrado que las razas superiores, aquellas
que están llamadas a una cultura intensa no pueden hallar
aclimatación ni son capaces de florecimiento sino en las
zonas templadas; bajo el trópico, decaen y desaparecen en
breve, y quizá este hecho confirme, una vez más, la vieja
creencia de que la humanidad tuvo su origen en lugares
situados por encima de la línea equinoccial. Bien puede
admitirse, en fuerza de la observación secular que la su-
cesión de las estaciones, de que está privada nuestra zona,
es una condición requerida por el organismo humano

para su perfecto funcionalismo. Esos cambios graduales que van llevando al cuerpo de las más bajas a las más altas temperaturas y que hacen variar paralelamente otros factores atmosféricos, son quizá una manera de establecer cierta alternancia entre los órganos y que permite el reposo relativo de algunos emonctorios durante una parte del año y los precave así de un desgaste demasiado rápido.

Por lo que a nosotros se refiere, han pasado también en pocos siglos las diferentes civilizaciones que han querido fundarse en nuestro suelo: los Mayas, los Naskas, los Caribes, los Chibchas fueron etapas cortas en la prehistoria americana; apenas cada una de estas razas empezaba a producir obras de alguna cultura, cuando rudas conmociones sociales, reveladoras de una rápida decadencia, las hicieron desaparecer del escenario de las naciones. En vista de lo que hoy empieza a palpase en las razas que pueblan nuestra zona, cabe preguntarse si ha sonado ya para ellas el momento de la declinación que tan inaplazable y definitiva fue para las civilizaciones que nos precedieron. Las leyes sociales se cumplen inexorables, cuando la acción fecunda de la ciencia no las detiene o las retarda. Es preciso contemplar de frente el problema y aplicarle sin retardo las soluciones que comporta.

* * *

TERAPÉUTICA

Bastará el enunciado que acaba de hacerse de las numerosas influencias de orden físico y moral que están hiriendo de ruina y de muerte a nuestro organismo colectivo, para deducir de allí mismo las diferentes vías en que tiene que obrarse para detener el mal.

Hay ante todo un punto de higiene tropical y de higiene de las alturas que debe estudiarse. ¿Conviene sustraer, de tiempo en tiempo y periódicamente, a los individuos que habitan dichas regiones a las condiciones atmosféricas un tanto anormales en que su organismo

está gastando un esfuerzo constante de compensación? No es dudoso que este cambio sería altamente favorable para la mayor parte de la población, a condición de poder ofrecerle localidades bajas y sanas, a nivel del mar y sin temperaturas excesivas.

Por lo demás, me limitaré a enumerar los principales puntos donde debe dirigirse el estudio y la acción de los hombres de ciencia:

Señalar a la población, especialmente a las clases pobres cuál es la alimentación que, cuantitativa y cualitativamente, le conviene más en las diferentes regiones, según el clima y las necesidades particulares. En esto se debe tener en cuenta, como lo anota el doctor Torres Umaña, en el trabajo ya citado, que la ración alimenticia de nuestro pueblo es manifiestamente insuficiente.

Hacer implantar, de acuerdo con legisladores y educadores, medidas de higiene pública y privada que obliguen a todo mundo a aquellos cuidados de aseo corporal y de preservación que son más necesarios.

Hacer adoptar a las clases acomodadas, especialmente a la mujer, hábitos de ejercicio corporal, que rompan las viejas costumbres de sedentarismo y de clausura excesivos que siempre nos han caracterizado. Reglamentar, por otra parte, el trabajo de las clases jornaleras, de manera de introducir los necesarios descansos y de evitar el agotamiento que inconsiderablemente se impone a ciertos gremios, como los peones de agricultura, los arrieros, los maleteros y jornaleros del bajo pueblo en general.

Revisión completa del plan educacional de nuestro país, de modo de dar a la cultura física toda su importancia desde la primera edad; de evitar la fatiga escolar y de formar al educando—en uno y otro sexo—una voluntad firme y personal. Punto es este de importancia incalculable para nuestro porvenir moral y, sobre él, el autor se permite remitir al lector a algunos de sus estudios sobre este punto especial (1).

(1) *La formación de la personalidad; La enseñanza teórica y la enseñanza práctica; Lo inconsciente en la educación, etc., etc.,* publicados en la revista *Cultura*.

Empezar estudios minuciosos sobre la composición de los productos alimenticios y sobre las aguas de ciertas regiones donde se observan síntomas colectivos de viciaciones constitucionales: coto, cretenismo, acromegalias, discromias, infantilismo, polisarcias, atrofas mamarias, insuficiencias sexuales, que se traducen por reducción rápida de la población, imbecilidad, locuras numerosas, criminalidad profusa, etc., etc.

Desarrollar, por todos los medios que la ciencia y la experiencia hayan consagrado como los mejores, las luchas antialcólica (ya se trate de las bebidas destiladas, ya de la chicha), antipalúdica, antianémica, antisifilítica, antituberculosa, anticancerosa, antileprosa, antiberibérica.

Luchar contra la miseria, contra la legión de los inocuados, empleómanos y parásitos, ya con la creación de colonias agrícolas en nuestros extensos y ubérrimos territorios, ya con la introducción de industrias nuevas que den oficio y sustento a la innumerable caterva de aspirantes a las funciones públicas, desde el politicastro de provincia, eterno candidato para los Congresos, hasta el agricultor desidioso, que deja la azada por venir a pedir puesto en los cuerpos de policía y en las más bajas funciones administrativas.

Todos los anteriores son medios que conspiran a retardar, cuando más, nuestra decadencia y a levantar temporalmente el nivel biológico y moral de nuestro pueblo. Son, pues, recursos puramente paliativos para el mal que nos aqueja. A más de ellos, y por encima de todos, está lo que con verdad puede llamarse el remedio causal, el que ataca la enfermedad en su origen, en la fuente misma que le da nacimiento.

Si, por la ley del tiempo y por las influencias diversas que han obrado sobre ella, nuestra raza va en la vía de una declinación manifiesta, es preciso levantar su vigor. Si hasta hoy se ha mostrado vencida por el medio e inepta para una vida regular y altamente civilizada, de-

bemos aportar a su formación elementos que neutralicen sus taras, que compensen sus desequilibrios funcionales, que colmen las deficiencias biológicas y morales. Esto no puede obtenerse sino con una corriente copiosa de inmigración de razas sanas, fuertes y disciplinadas por hábitos seculares de trabajo y exentas, en cuanto sea posible, de las enfermedades sociales que están determinando nuestra regresión.

Esta es una verdad reconocida por cuantos en la América latina se han ocupado en estudios sociológicos. No pensemos que con sólo higienizar nuestra vida, con expedir leyes que protejan al proletariado, con abrir caminos y tender rieles por dondequiera y con establecer sabios sistemas educativos podamos desandar la pendiente pavorosa que nuestros países siguen desde tiempo inmemorial. El mal es más hondo: no es solamente económico, psicológico y educacional; es biológico. Se trata simplemente de razas agotadas, que es preciso rejuvenecer con sangre fresca. «Sin el contingente de una población nueva» ha escrito un pensador moderno, «habrá en América, no sólo un agotamiento lamentable, sino también un pronto retroceso de la raza» (1).

Punto es este que debemos contemplar de frente y estudiar muy a fondo. A él dedicaré la parte final de este estudio, pues lo considero el corolario más importante de todas las consideraciones que preceden.

El problema de la inmigración debe ser estudiado desde el punto de vista económico, a fin de que ella llegue a ser posible y en su aspecto etnológico, para que resulte eficaz en las necesidades que la reclaman.

Queda lo primero a la iniciativa de nuestros hombres de estado. Que no pierdan ellos de vista que, entre todas las cuestiones que hoy asedian a los neolatinos de la América, ésta es la de mayor trascendencia para nuestro porvenir y la que reclama un esfuerzo más decisivo de parte de los Gobiernos y de la sociedad en general.

(1) F. García Calderón. *Las Democracias Latinas de la América*. París. 1912.

Considerada etnológicamente, la inmigración a nuestros países debe sujetarse, desde luego, a las tres condiciones en que ha resumido Le Bon la probabilidad de un buen cruzamiento; 1.^a, que las razas sometidas al cruce no sean muy desiguales numéricamente; 2.^a, que no difieran demasiado en sus caracteres, y 3.^a, que estén sometidas por largo tiempo a idénticas condiciones ambientales. Se debe, a mi modo de ver, agregar, en nuestro caso, una cuarta condición: que una de las razas presente caracteres orgánicos y psicológicos capaces de compensar las deficiencias de aquella que se quiere mejorar.

Siguiendo estos principios, se debe establecer que la importación de población nueva debe ser suficientemente numerosa. La traida de unas cuantas familias extranjeras, en desproporción enorme con la cifra de nuestra población, sería sencillamente una reproducción de lo que pasó con la sangre conquistadora que, absorvida en breve por la sangre aborigen, fue arrastrada por ésta en el proceso de su decadencia, no tanto morfológica, cuanto fisiológica y moral.

Es preciso, de consiguiente, que el número de inmigrantes sea muy considerable y que consista en un movimiento no interrumpido durante muchos años de varias centenas de miles por año.

De acuerdo con la segunda de las condiciones arriba transcritas, no se deberá esperar el máximo de ventaja de esta inmigración inmediatamente o a la primera o segunda generación. Los hechos observados en países de gran movimiento migratorio, como la Argentina y el Uruguay, muestran que de la segunda y tercera generación en adelante van resultando los productos de mayor adaptabilidad y vigor.

¿Y cuál sería el país donde debiéramos tomar este contingente étnico que pudiese neutralizar nuestras viejas taras para llenar, así, la segunda y la cuarta de las condiciones apuntadas?

El punto es complejo y debe considerarse a la luz de la morfología, de la fisiología y de la psicología. Deben

tenerse en cuenta, uno a uno, si es posible, los diferentes caracteres que hemos señalado en la primera parte de este estudio como defectuosos y degenerativos en nuestra raza, para que los nuevos pobladores de esta zona los vayan ahogando en virtud de sus cualidades contrapuestas y en un lento proceso de mestización y de adaptación. Queda indicado con esto que el más deseable para regenerar nuestra población es un producto que reúna, en lo posible, estas condiciones: raza blanca, talla y peso un poco superiores al término medio entre nosotros; dolicocefalo; de proporciones corporales armónicas; que en él domine un ángulo facial de ochenta y dos grados aproximadamente; de facciones proporcionadas para neutralizar nuestras tendencias al prognatismo y al excesivo desarrollo de los huesos maxilares; temperamento sanguíneo-nervioso, que es especialmente apto para habitar las alturas y las localidades tórridas; de reconocidas dotes prácticas; metódico para las diferentes actividades; apto en trabajos manuales; de un gran desarrollo en su poder voluntario; poco emotivo; poco refinado; de viejos hábitos de trabajo; templado en sus arranques, por una larga disciplina de gobierno y de moral; raza en que el hogar y la institución de la familia conserven una organización sólida y respetada; apta y fuerte para la agricultura; sobria, económica y sufrida y constante en sus empresas. Estas serían las condiciones más apetecibles, aunque, como es obvio verlo, no es tan fácil encontrarlas reunidas en ningún pueblo. Creo, sin embargo, que las razas que más se aproximan a este desideratum son algunas de las que pueblan las regiones centrales de Europa, en las cuales se han mezclado y atemperado felizmente los caracteres de los pueblos meridionales y septentrionales del Viejo Continente. En Suiza, en Bélgica, en Holanda, en Baviera, en Wurtemberg, en el Tirol sería acertado buscar el personal de nuestra inmigración. Serían también elementos muy apropiados para nuestro suelo, por sus condiciones fisiológicas y morales, los Vascos, los Irlandeses y los Bretones, y quizá también los habitantes de los países escandinavos.

Este es, pues, el remedio radical para nuestra decadencia; una buena y copiosa inmigración. ¿Que esto implica peligros para la unidad política de nuestras nacionalidades? La historia actual de la Argentina, de los Estados Unidos, del Uruguay nos está enseñando lo contrario: los inmigrantes europeos son bien pronto tan americanos como nosotros mismos. Ello es, sí, un sacrificio, una especie de abdicación del derecho secular de nuestra sangre en América; pero es uno de aquellos sacrificios que redimen, que salvan a un continente de las negras perspectivas que entraña una decadencia completa de sus pobladores.

En la América, como lo dijo Alberdi, «gobernar es poblar»; pero poblar regenerando.

